

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVILJANO

Golpe reaccionario de Aznar

El día dos de agosto el Gobierno rompió la débil atadura que lo sujetaba a la Justicia, convirtiéndose así en el primer Gobierno libre de la transición. Libre como la dictadura. La decisión de impedir que los tribunales inculpen al jefe del terror blanco ha sido convertida, con la ley de Secretos, en norma constituyente. La acción del Estado tiene tres dimensiones: la legal o coactiva, la engañadora o ideológica y la secreta o delictiva. La legal no es libre porque está supeditada a otros valores superiores al de la libertad de gobierno. La ideológica depende del concierto con otros medios no gubernamentales. Sólo la libertad del secreto para delinquir con impunidad es libre. Por alterar la relación entre poderes del Estado, la ley de Secretos Oficiales, ley de SOS (Socorros Oficiales Sinvergüenza), trastoca el orden constitucional. El Gobierno será tan libre e irresponsable como el Rey. Y aquí está la madre del cordero. ¿Por quién y para qué se da este golpe de Estado, ni violento ni representativo? ¿Por el Rey, Pujol y Fraga para impedir que la difusión de la verdad por un Felipe acusado hunda el Reino de los Partidos?

★

Los ingenios que veían en Aznar a un regenerador de la moral pública no imaginaron el sucio servicio al que estaba destinado. Tampoco él había presentado que si cumplía lo prometido en la oposición se llevaría por delante al «sistema», como empezian a decir sus leales. Menos mal que el pobre no tiene mayoría. ¡A qué desastre regenerador nos habría llevado! Tan honrado patriota tenía que ser a toda costa presidente. Incluso para rehabilitar a González a fin de que vuelva cuanto antes con una nueva mayoría que tranquilice a todo lo que ha sido dorado en su mandato. Sí, Felipe abusaba de esa mayoría y cometía gravísimos delitos, pero no tenía que quitarle la careta al régimen para blindarlo con leyes dictatoriales. El cinismo bastaba. Pero con Aznar todo ha de ser diferente para que todo siga igual. Cada Fuerza Real —la realista, la autoritaria, la desnacionalizadora y la corruptora— le ha impuesto su condición particular. Y él ha entendido en segundos de ascenso lo que nunca habría sabido de haber obtenido mayoría absoluta: que España es plurinacional, que del Rey abajo ninguno, que en los partidos se está para obedecer al jefe y que los altos cargos de confianza son para los amigos.

★

¿Cómo debió sentirse humillado con la real imposición de un ministro felipista que diera garantías de no desclasificar el Pte del CESID! ¿Cómo estará sufriendo con la inmolación de su leal teniente catalán! ¿Cómo debe herirle verse adulado por los que lo vejaron y despreciado por los que lo ensalzaron! Pero la realidad siempre deja huecos de refugio a las esperanzas de la ingenuidad. La impunidad criminal y la libertad de gobierno, que la avispada ley de Secretos caucionan, aún no son firmes. El Tribunal Supremo puede anular el golpe reaccionario que Aznar ha propinado al imperio de la Justicia y al gobierno de la libertad. Basta que la Sala Segunda llame a Felipe el cinco de septiembre para que responda de los Gal y que la Sala Tercera anule en su día la ley de Secretos. ¿Quién tiene motivos para dudar de la sabiduría y dignidad de nuestros magistrados? ¿Acaso no conocemos, como el histórico juez Coke, que el Rey no protege al derecho, sino el derecho al Rey? ¿No está en sus conciencias el pundonor o punto de honor con el que la Corte Suprema frenó al poderoso Roosevelt? ¿No saben que Rumasa acabó con el prestigio del Tribunal Constitucional? ¿Ignoran que el Gal de Felipe puede acabar con el del Supremo, y el pánico real de Aznar a la verdad, con el régimen?

TRIBUNA LIBRE

Aznar o la gran decepción

[JOSE AUMENTE]

Ala vista de los primeros meses del Gobierno presidido por José María Aznar ya podemos señalar cuál será su línea de actuación: nada de democratización, nada de regeneración, y sólo un propósito de gobernar mejor el *statu quo* existente. En definitiva, «más de lo mismo», o «los mismos perros con otros collares». Mantener lo establecido sin más sobresaltos; intentar «pasar página» sin darle la vuelta. Es decir, la conocida expresión de Lampedusa: cambiar algo para que todo siga igual.

Lo más llamativo es que la gran decepción nos ha llegado demasiado pronto. En tres meses han perdido toda credibilidad.

A nadie se le escapa que el 2 de agosto fue el día clave para esta entrada de la indecencia en el Gobierno. Y el proyecto de ley de Secretos Oficiales (23 agosto) su confirmación. Con premeditación y alevosía escogen la fecha, y con estupidez manifiesta dan unas explicaciones para subnormales mirar al futuro, los países de nuestro entorno —que no hacen sino agravar su desvergüenza.

Lo de menos, ahora, es si en esta decisión hubo pacto o no con el PSOE, el papel o no de la Corona, de Suárez o de Pujol. Algún día se sabrá quién impuso a Eduardo Serra, y por qué toda una ministra de Justicia se limita a obedecerle.

Lo importante es que han perdido la totalidad de su credibilidad democrática. ¿Cómo va a hablar ahora el PP de regenerar la vida política española? Ya nadie puede creer en sus promesas electorales.

Y, lo que es peor, cada día nos va a resultar más difícil confiar en los políticos. La gravedad del tema es manifiesta.

A los pocos meses, pues, del Gobierno Aznar nos hemos instalado en la decepción. Todos los que esperábamos un nuevo estilo, y, sobre todo, una regeneración de la vida pública española, transpa-

mente repugnantes. Y uno de ellos, el de la «razón de Estado». Porque en nombre de unos supuestos intereses institucionales, situados por encima de las personas, se han violado todos los derechos humanos. De aquí a pasar al Estado delincuente media solamente un paso. Y los que aspiramos a un Estado decente —simplemente decente— nos convertimos casi automáticamente en subversivos. Lo malo es que se sigue creyendo que es necesario «ensuciarse las manos» para defender al Estado, y acusar de inmadurez a los que todavía necesitamos averiguar quiénes apoyaron a los GAL.

Hoy, lamentablemente, hemos llegado a la triste conclusión de que el político manipula las ideas, las palabras, las representaciones, para ponerlas al servicio exclusivo del Poder. Esto nos lleva a una conciencia de impotencia, porque de antemano sabemos que el político nos está utilizando, y luego nos tira como papeles mojados.

Son muy graves las consecuencias que pueden extraerse de la no desclasificación de los papeles del CESID. ¿Es que el Estado no puede subsistir sino delinquiendo?

¿A qué —si no— los fondos reservados para sobornar espías o pagar ilegalidades?

¿A qué si no los «secretos de Estado» que tapan todo género de irregularidades? Hay pues, un muro del Estado que la Justicia no puede traspasar; un muro de impunidad que es infranqueable. Creo que contra ese muro es hoy el principal objetivo con el que tenemos que luchar, como antaño hubo que hacerlo —lo ha escrito Vázquez Montalbán— contra la esclavitud y la pena de muerte. Hoy,

«¿Cómo va a hablar ahora el PP de regenerar la vida política española?»

rencia, recuperación de la moral, nos hemos sentido rápidamente frustrados.

Y la conclusión puede que sea precipitada, pero al menos para algunos, entre los que me encuentro, el PP no es sino la continuidad —quizás empeorada— de lo anteriormente existente. Van a guardar con siete llaves la micra del anterior Gobierno, y se han asegurado por adelantado la tapadera de la suya. Jugada maestra. Hasta dentro de 50 años los españoles que vivan entonces no se enterarán de los posibles crímenes de Estado que se cometan ahora.

Hay en la Historia de la humanidad conceptos y prácticas real-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax o por correo electrónico (E-mail: mundo @ dial.unet.es).

Precisiones a Garel-Jones

Sr. Director:

Me refiero al artículo «Secretos de Estado, patrimonio de un pueblo», de don Tristan Garel-Jones, aparecido en su periódico el pasado 29 de agosto.

La fundamental diferencia entre el caso que Garel-Jones vivió de cerca en su país y el de los «papeles del CESID» es que, como él mismo dice, fue el juez británico quien decidió qué papeles eran y debían continuar siendo secretos y

cuáles no. En España ha sido el Gobierno quien ha tomado la decisión, sustrayéndola al juez.

El resto de la argumentación del Sr. Garel-Jones decae ante ese dato fundamental: que el juez británico puede hacer prevalecer los intereses de la Justicia sobre el secreto y la razón de Estado. En España esta posibilidad le está vedada al juez por efecto de una declaración administrativa. Jorge Angell. Madrid.

Centros culturales municipales

Sr. Director:

Los centros culturales municipales se están convirtiendo, a marchas forzadas, en auténticos mentideros de vulgaridad, folclorismo

zafio, y entretenimientos ramplones. Lo que inequívocamente denota un bajísimo nivel cultural. Es una lástima que muchos de los alumnos allí matriculados asistan a actividades tan banales como bailes de salón, sevillanas, corte y cosido de retales, etc.

Habría que empezar por preguntar a los concejales responsables de estos centros —costeados con el dinero del ciudadano—, qué entienden por cultura.

¿No será que lo único que de verdad pretenden es rebañar votos para su partido político, entreteniendo fácilmente al personal con toda la posible quincallería a que estamos acostumbrados? Cierto que, si hay gente que acude a estos sitios con la simple intención de tragarse lo que le pongan,

también existen otros muchos con unos criterios un poco más elevados de la llamada —y manipulada— «cultura popular».

Al pueblo hay que ofrecerle algo que le enriquezca interiormente, aunque eso —¡qué polígrafo para algunos políticos!— le haga más lúcido, crítico y responsable ante la sociedad en la que vive. María Ruiz. Madrid.

Violencia callejera

Sr. Director:

Ya es demasiado habitual ver o escuchar en cualquier medio de comunicación informaciones sobre la violencia callejera, la mayoría de las veces protagonizada por los más jóvenes. ¿Es que una parte de la juventud